

POR LA LIBERACION DEL NIÑO...
JULES VALLÈS

MANUELA SAN MIGUEL

Discutible es, sin duda, el valor literario intrínseco de la «novela negra» de finales del XVIII, que a menudo hacía de los niños protagonistas de terroríficos relatos, increíbles y absurdamente encadenados. Baste citar como ejemplos «*Victor ou l'enfant de la forêt*» y «*Coeline ou l'enfant du mystère*». Sin embargo es indiscutible la influencia que sobre los escritores franceses del XIX ejerció este género menor, que no solo leyó con fruición un gran novelista como Merimée, sino que sirvió de fuente de inspiración al «monstruo» de las letras francesas y gran héroe nacional, el gran Hugo, en alguno de sus primeros ensayos novelísticos: «*Bug-Jargal*» y «*Hans d'Islande*».

Sería demasiado osado el afirmar que Jules Vallès fue también lector de este tipo de novelas, sobre todo porque no necesitaba extraer del papel impreso las emociones que con delectación masoquista satisfacían a muchos de sus coetáneos, sino que le tocó sufrir en sus propias carnes las persecuciones y sevicias vividas por los personajes infantiles de la ficción novelesca, plasmandolas, a su vez, en sus novelas y artículos con la emoción y veracidad que sólo pueden tener origen en una propia vivencia. Prueba de ello es que, hablando de su libro «*L'Enfant*», dice:

«J'ai pris des morceaux de ma vie et je les ai cousus aux morceaux de la vie des autres —riant quand l'envie m'en venait, grinçant des dents quand des souvenirs d'humiliation me grattaient la chair sur les os»¹.

De hecho, no hay escritor más personal que Jules Vallès ni existe una literatura más subjetiva que la suya. El mismo establece cual es su proyecto:

«Ce que je veux faire, c'est un bouquin intime, d'émotion naive, de passion jeune, que tout le monde pourra lire même dans le monde de mes ennemis, et que aura pourtant la portée sociale. J'appellerai cela d'un nom d'homme. Jacques Vingtras... Ce sera l'histoire d'un enfant»².

1. VALLÈS, J.: «*L'Insurgé*», 76, Garnier-Flammarion. París. 1968.

2. VALLÈS, J.: «*Lettre à Hector Malot*» (12-III-1876). Cit. par CARASSUS, E.: «*Introduction à L'enfant*» 35-36. Garnier-Flammarion. París, 1968.

No será este niño, sin embargo, al estilo de *«Le Petit Chose»*, un ser dulce y sensible, víctima frecuente de personajes sumamente crueles, que explotan su candor. Es más bien un niño a la manera de *Jack*, personaje también de Daudet, que, atravesando una desgraciada infancia, trata de sobrevivir en una sociedad industrializada, hasta ganar como «chico de fábrica» el apodo de *«L'Aztec»*, por su rostro, envejecido a medida que se marchita su cuerpo, ahogado, privado de aire, extenuado por el trabajo.

También Vallès, como Daudet, refleja en su trilogía *«Jacques Vingtras»*³ esta lucha contra la sociedad, que le hacía sentirse tan próximo a *«Jack»*, aunque tras la lectura de éste matizase:

*«Je resterai un peu plus près de l'école et du collègue; je m'en tiendrai aux souffrances d'un fils brutalisé par son père et blessé tout petit, dans le fond de son cœur»*⁴.

Será esta profunda herida el revulsivo que le hará mantenerse en constante lucha, lucha que le hará caer víctima de sus audacias, pues el público se desconcertará ante sus impetuosos ataques, que no respetarán ni a su familia, ni siquiera a su madre. Pero será precisamente también ese ímpetu, esa audacia, lo que le dará el verdadero dinamismo a su obra, apreciada en todo su valor por Zola, quien a propósito de *«Jacques Vingtras»* decía:

*«Pour moi, c'est surtout un livre vrai, un livre fait de documents humains les plus exacts et les plus poignants»*⁵.

Dentro de las invectivas contra la institución familiar, lo más sobrecogedor es, sin duda, el duro ataque a la figura de la madre, personificada en *Mme Vingtras*, con la que Vallès efectúa la creación de un verdadero tipo literario. Esta mujer campesina, que por su matrimonio con un maestro logra acceder a la pequeña burguesía, se mostrará tremendamente preocupada por conservar su respetabilidad y mantener su rango recién adquirido. Pero ello presupone una constante vigilancia sobre los gastos, a causa de las dificultades económicas que la familia atraviesa. Por eso, la tragedia de *«l'Enfant»* es en gran parte la tragedia de la pobreza.

El dominio de *Mme Vingtras* es su casa y, dentro de ésta, los seres más débiles: los sirvientes y, sobre todo, el niño. Este, sometido a una constante vigilancia, será azotado todos los días y casi a la misma hora por su madre, que en la sevicia encuentra un lenitivo para sus emociones y refrenados anhelos. La situación llegará a tal punto que una vecina debe ofrecerse voluntariamente a realizar el «trabajo», para evitar los sufrimientos del pequeño Jacques, quien tiene que gritar desesperadamente ante el simulado castigo, con el fin de no alertar a su madre. El recuerdo de los azotes proporcionará más tarde a Vallès terreno para una metáfora:

3. Dicha trilogía se compone de: *«L'Enfant»* (1879), *«Le Bachelier»* (1881) y *«L'Insurgé»* (1886, póstuma).

4. VALLÈS, J.: *Ibidem*.

5. ZOLA, E.: cit. par RAIMOND, M.: *«Le Roman depuis la Révolution»*, 126. A. Colin, París, 1967.

«*Mes envies ont enflé comme ma peau sous le fouet*»⁶

Pero el sadismo de *Mme. Vingtras* no se limita tan solo al terreno físico, sino que se extiende también al psicológico. Así, en un asunto tan vulgar y cotidiano y, a la vez, tan fundamental para la infancia como es la comida, también ejerce la madre su poder represivo: «*Tu ne mangeras pas ce que tu aimes!*» Frase banal en apariencia, pero que encierra aún mayor crueldad, si cabe, que los golpes, si se tiene en cuenta la carga emotiva que conlleva para el niño el acto de la comida. Y no solo ésta, sino la ropa, constituirá también para el joven *Vingtras* un motivo de suplicio, ya que es su madre quien confecciona los trajes del chico y no lo hace con otras telas que con retales y, a más de ello, de una rigidez tal que impiden a Jacques toda movilidad, hasta el punto de llegar a afirmar:

«*Je serais toujours écrasé par mon costume*»⁷.

Otro tema permanente en la trilogía de Vallès, que ensombrecerá la vida del niño, del adolescente e, incluso, del *Vingtras* adulto, es el del dinero. No es éste, en absoluto, un tema específico de la obra de Vallès, sino más bien una constante que domina la sociedad decimonónica, alcanzando su máxima expresión literaria en la obra de Balzac y particularmente en «*Eugénie Grandet*» y «*Le père Goriot*», donde llega, incluso, a distorsionar las relaciones paterno-filiales. En la última de las citadas novelas morirá *Goriot* completamente solo, abandonado de sus hijas, que le han despojado de todo su capital. Hasta el último momento esperará el anciano la presencia filial al lado de su lecho:

«*Elles vont venir, reprit le vieillard. Je les connais. Je ne voudrais pas mourir pour ne pas les faire pleurer*»⁸.

Sin embargo, como ya no tiene ni un céntimo que ofrecer, su espera será dramáticamente vana.

En «*L'Enfant*» el tema del dinero no llega quizás a alcanzar momentos de tan gran patetismo, pero no por eso deja de tener, en su aparente banalidad, un gran alcance emotivo. Así, la madre de *Vingtras* propone al niño una recompensa económica si se esfuerza en el estudio, pero cuando llega el momento de conseguir el ansiado regalo, las ilusiones del niño se verán frustradas so pretexto de evitarle la adquisición de «malos vicios». Puede que fuese también por evitarle esos supuestos «malos vicios» por lo que la única distracción que se le permitía a *Jacques* era la Santa Misa, aunque para el muchacho fuesen de muy distinta índole los motivos:

«*La grande distraction qu'elle m'offre c'est la messe de minuit parce que c'est gratis*»⁹.

6. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 205. Garnier-Flammarion. París, 1968.

7. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 301, ed. cit.

8. BALZAC, H.: «*Le père Goriot*», 401-402 (Gallimard) Livre de Poche. París, 1961.

9. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 98, ed. cit.

Y será el dinero, en definitiva, lo que provoque en «*Le Bachelier*» (la segunda parte de la trilogía) la ruptura total entre *Jacques Vingtras* y su padre, pues es tal la avaricia de éste que, aprovechando la situación de indigencia por la que atraviesa su hijo, le compra por una cantidad miserable la pequeña heredad que le había legado una vecina, precisamente aquella que simulaba pegarle cuando niño para evitarle las palizas maternas.

Pero, en cualquier caso, más que la preocupación por la miseria, por la tiranía del dinero, es ante todo y sobre todo otra clase de tiranía, la tiranía familiar, contra la que Vallès se rebela. Por eso se halla muy de cerca de Gide, cuando éste en «*Les nourritures Terrestres*» exclama: «*Familles je vous hais*»¹⁰. Y es que según máxima de Baudelaire, quien no ha conocido en la infancia la dulzura y el calor de un hogar tendrá la permanente sensación de «*n'avoir jamais veçu*»¹¹. No es extraño, así, que en el momento de su muerte, el 14 de Febrero de 1885, Jules Vallès exclamara: «*J'ai beaucoup souffert*»¹². Y tampoco ha de extrañar que, al igual que otros reivindican los derechos de la mujer, del hombre de color o del anciano, Vallès se erigiese en defensor de los derechos del niño, encontrando en éste un ser por excelencia marginado:

«*Je défendrai les Droits de l'enfant,
comme d'autres les Droits de l'homme*»¹³.

Para ejemplificar su denuncia, no se sirvió tan solo del personaje de *Vingtras*, sino que utilizó también los de otros niños desgraciados, como la pequeña *Louissette*, vecina de *Jacques*, que muere por las palizas de sus progenitores. Pero, sobre todo, la denuncia de Vallès va a germinar en una línea de grandes escritores, que a través de una serie de niños maltratados, especialmente por su madre como *Jacques*, se ocuparán de la infancia, desde «*L'Enfant*» hasta «*Poil de Carotte*», desde éste a «*Vipère au poing*», para demostrar que la visión de Mme. Amable Tastu y Victor Hugo, quienes cantaban los primeros años como la etapa más feliz de la vida, no pasa de ser una utopía.

Es evidentemente «*Poil de Carotte*» un hermano casi gemelo de «*L'Enfant*», aunque no hijo único como éste, sino, al contrario, tercero y último de la familia y, como tal, no deseado. Como en el caso de Vallès, mucho hay de la vida de Jules Renard en su personaje literario, pero las razones que aduce éste para escribir su novela son más íntimas aún, más fuertes, más crueles:

«*Il faut au moins que je profite un peu du désir que j'ai de me venger*»¹⁴.

En la consecución de esta venganza, Renard ha acentuado, indiscutiblemente, los tipos de la madre cruel y del hijo víctima inocente:

10. GIDE, A. «*Les nourritures terrestres*», 69, (Gallimard, 1917). Livre de Poche, París, 1964.

11. BAUDELAIRE, Ch. cit. por BLACPAIN, M. et al., «*Les français à travers leurs romans*», 143, CLE international, París, 1979.

12. VALLÈS, J. cit. por CARASSUS, E.: «*Chronologie et introduction à L'Enfant*», 16, Garnier-Flammarion, París, 1968.

13. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 308, ed. cit.

14. RENARD, J.: «*Journal*» cit. par GUICHARD, L. «*Introduction à Poil de Carotte*», 13, Garnier-Flammarion, París, 1965.

«... dès qu'il dort, il ronfle. C'est comme une passion. Aussitôt madame Lepic lui entre deux ongles, jusqu'au sang, dans le plus gras d'une fesse. Elle a fait choix de ce moyen. Le cri de «Poil de Carotte» reveille brusquement M. Lepic...»¹⁵.

No obstante, Renard trata de escapar a la sensiblería que esta confrontación familiar entre madre e hijo (ocasionalmente entre padre y hermanos) pudiera suscitar y para ello narra la vida cotidiana de un niño sucio, cruel, a veces insoportable; porque está claro que no quiere hacer de su personaje un martir o un querubín, al estilo de los niños convencionales de Hugo, Daudet o de Sand, cuyo *Petit Pierre*, de «*La mare au diable*», resulta un paradigma del género:

«Un enfant de six à sept ans, beau comme un ange, et les épaules couvertes, sur sa blouse, d'une peau d'agneau qui le faisait ressembler au petit saint Jean Baptiste des peintures de la Renaissance»¹⁶.

Por eso, junto a la ternura que inspira «*Poil de Carotte*», víctima del rechazo materno, uno no puede olvidar su sensualidad precoz, incluso su crueldad para con los animales, revelada de un modo especial en el episodio del topo, cuando el niño, cansado ya de jugar con el animal, decide matarlo:

«Rouge, les larmes aux yeux, il crache sur la taupe et la jette de toutes ses forces à bout portant, contre la pierre... Et plus «Poil de Carotte» enragé tape, moins la taupe lui paraît mourir»¹⁷.

En una época mucho más próxima, la novelística francesa testimoniará con insistencia su preocupación por el tema del rechazo materno. Ejemplo fehaciente es el premio Goncourt de este año, «*L'Amant*», de corte claramente autobiográfico, donde Marguerite Duras critica duramente a la familia, «*pétrifié dans une épaisseur sans accès aucun*», y particularmente a su madre, quien privó de su afecto a los dos hijos menores, a expensas del particular amor que consagraba al primogénito, «*un voyou de famille, un fouilleur d'armoire, un assassin sans armes*».

Y no será éste un testimonio aislado. También Christiane Rochefort en «*Les petits enfants du siècle*» muestra la frialdad, puesto que en este caso no puede hablarse propiamente de crueldad, de una madre para con sus hijos, cuya carencia afectiva no es sino el resultado del «embotamiento», de la insensibilidad que ocasiona la cotidiana lucha por la supervivencia de una muy numerosa familia en un ambiente obrero. Solo así puede explicarse la inhumana actitud de la madre para con uno de sus hijos, *Nicolas*, cuyo retraso en el aprendizaje de la palabra hace pensar a la familia que el niño pudiera ser mudo.

«C'est gai, dit la mère. Faudra le mettre aux Arrières. D'un côté, ajouta-t-elle, s'il est muet il ne nous cassera au moins pas les oreilles»¹⁸.

15. RENARD, J.: «Poil de Carotte», 46, Garnier-Flammarion, París, 1965.

16. SAND, G.: «La mare au diable», 15, Livre de Poche, París, 1973.

17. RENARD, J.: «Poil de Carotte», 31, ed. cit.

18. ROCHEFORT, Ch.: «Les petits enfants du siècle», 35 (Grasset) Livre de Poche, París, 1961.

Pero la obra, entre las contemporáneas, que testimonia mejor, quizás, la influencia del condicionamiento social en las relaciones afectivas es «*Vipère au poing*», de Hervé Bazin, donde otro niño desgraciado por la falta de calor materno, *Jean Rezeau*, «dit *Brasse Bouillon*», tiene que sufrir toda clase de vejaciones, instigadas por su madre, una segunda *Mme. Vingtras*, obsesionada por su condición social y por el dinero. Prueba del escaso afecto que la mujer es capaz de inspirar en su hijo es el apodo con que éste, en lugar de llamarla «mamá» o «madre», la denomina: «*Folcoche*». Muchos han querido ver en el nombre la contracción de «*folle*» y de «*cochonne*»; sin embargo el propio autor lo ha desmentido, señalando que se trata de una palabra que emplean los granjeros para designar a la cerda recién parida. En cualquiera de los casos, dista mucho de tratarse de un cariñoso apelativo.

El escepticismo, la desconfianza, el recelo, que llegará a inspirar en «*Brasse-Bouillon*» la desviada y despótica conducta materna, llegará al extremo de inducirle, al final de la novela, la siguiente declaración de principios:

«*Toute foi me semble una duperie, toute autorité un fléau, toute tendresse un calcul... Aimer, c'est s'abdiquer. Hair c'est s'affirmer*»¹⁹.

En estas escasas frases se encierra, como en una carta de presentación, todo un estilo de vida, marcado por la desesperanza, testimonio de una sequedad de espíritu angustiante, que se reafirmará en las palabras con que se cierra la novela:

«*Je suis celui qui marche, une vipère au poing*»²⁰.

Pero para *Jean*, para «*Brasse-Bouillon*», habrá, sin embargo, un consuelo, una salida al infierno que para él supone la convivencia con su madre: el internado, el colegio.

No será Hervé Bazin el primero en asociar la experiencia escolar a un grato recuerdo; puesto que ya Alain-Fournier había expresado en «*Le Grand Meaulnes*» un canto a la escuela pública, al recrear en su libro los enigmas de la infancia, una infancia vivida por el propio autor, que, escribiendo a su gran amigo Jacques Rivière, señala:

«*Dans ce livre il y aura tout moi*»²¹.

Pero, campeando sobre cualquier otro tema, el primer protagonista de «*Le Grand Meaulnes*» es el paisaje, la tierra del escritor, la *Sologne*, a propósito de la cual escribiría un día a su madre:

«*Je voudrais vous écrire des livres et des livres sur tout ce qu'on a vu et senti dans ce petit coin de terre où le monde a tenu pour nous*»²².

19. BAZIN, H.: «*Vipère au poing*», 254 (Grasset, 1948) Livre de Poche, París.

20. BAZIN, H.: «*Vipère au poing*», 256, ed. cit.

21. ALAIN-FOURNIER: «*Correspondance*», cit. par BORGAL, C.: «*La légende d'Alain-Fournier*», le Français le Monde, 19: 2-5, 1965.

22. ALAIN-FOURNIER: *Ibidem*.

Esa comunión con la tierra, con el paisaje, había sido sentida también por Vallès, cuya historia, según propia confesión, se halla ligada al terruño, a su pueblo, extremadamente pobre, que fijaba los caracteres de sus habitantes:

«Mon berceau fut au pied de montagnes. J'aime la ville parce que j'ai y beaucoup lutté, un peu souffert, que j'ai des revanches a prendre! Mais je tiens par les racines à la terre des champs» (La rue)²³.

Y así, situará a su personaje, a *Jacques Vingtras*, sumergido por la tierra, constituyendo un pedazo de ella:

«Ah! je sens que je suis bien un morceau de toi, un éclat de tes rochers, pays pauvre qui embaume les fleurs et la poudre, terre de vignes et de volcans!»²⁴.

Sin embargo, al lado de este sentir la Naturaleza, común a los dos escritores, bien distinta fue la experiencia familiar y escolar de ambos, Alain-Fournier y Vallès, por más que los dos fuesen igualmente hijos de maestros.

El consuelo que supondría para *«Brasse-Bouillon»* la entrada en el colegio, no lo conocería desgraciadamente *Jacques Vingtras*, quien, como después Verlainne, sentiría la vida escolar como una vida de prisión; pues para él no son otra cosa los colegios que prisiones, más sombrías aún que la propia cárcel. Y es que, si el primordial problema para el desgraciado muchacho es su madre, su familia, el segundo e inmediato es el colegio, cuyo mundo es descrito, larga y despiadadamente, por Vallès. Este, con una inclinación política y un carácter periodístico más acusados que el resto de los escritores que se han ocupado de la infancia desgraciada, generaliza sus objetivos, incidiendo no solo en la defensa del «paria», sino en el ataque a la escuela de la época, hasta el punto de dedicar *«L'Enfant»*

«à ceux qui crèverent d'ennui au collège»²⁵.

En este punto se anticipaba cien años a Jacques Prévert, cuando en su poema *«Enfance»*, con una visión sarcástica muy diferente, bien es verdad, a la de Vallès, refería respecto al colegio:

«C'est comme les copains m'ont raconté: on est assis toute la journée, on n'a pas le droit de bouger, on guette les heures et on les écoute sonner.

Tout à fait comme les problèmes qu'on me posera un peu plus tard, à la leçon d'arithmétique:

Un élève entre en classe à 8 h. 30, en sort à 11 h. 30, revient à 1 heure et s'en va à 4 heures. Combien de minutes s'est-il ennuyé?»²⁶.

23. VALLÈS, J.: «La Rue» cit, par BRUNEAU, J. et al. «Le culte de l'art et de la science», 138, in «Littérature française II» Larousse, París, 1968.

24. VALLÈS, J.: «Le Bachelier», 309-310, Livre de Poche, París, 1972.

25. VALLÈS, J.: «L'Enfant», 44, ed, cit.

26. PREVERT, J.: «Choses et autres», 51, Gallimard, París, 1972.

La postura de Vallès es, por supuesto, mucho más radical. Considerando que su deber de escritor es luchar, «*y faire comme jadis dans la cour du collègue*»²⁷, siente como una necesidad el arremeter con violencia contra la situación imperante, que hacía de los escolares unos desgraciados, víctimas de la incompreensión de los profesores y de la burda promiscuidad de los internados; unos desgraciados que, incluso, reflejaban en su aspecto físico las huellas de un profundo cambio. Este cambio lo expresará años más tarde Valery Larbaud, en su novela «*Fermina Márquez*», cuando refiriéndose a *Camille Moutier*, un muchacho de trece años, señala:

«*c'était un petit garçon pâle, aux cheveux bruns toujours coupés trop court, aux yeux tristes. On devinait que ses regards avaient été vifs et malicieux, mais autrefois, avant son entrée au collège*»²⁸.

Para *Jacques Vingtras*, el colegio no es más que la prolongación de su tragedia familiar y la penuria económica sufrida y soportada en casa se prolongará en la institución escolar, tanto más en cuanto que los padres del muchacho obtienen para éste, a cambio de su estudio y aprovechamiento, un puesto especial, a precio muy reducido, en el pensionado *Legnana*. El muchacho allí se sentirá profundamente vejado, al pasar a integrar las filas de los que en aquella época recibía el nombre de «*bêtes à concours*» y que debían tener obligatoriamente todos los colegios.

Y no solo es *Jacques*, sino también su padre, que ejerce como profesor subalterno en la misma institución, quien debe de sufrir las humillaciones que le impone su precaria situación económica. Así, para economizar, ha debido prescindir del pantalón debajo del guardapolvo, con la consiguiente rechufla de los alumnos cada vez que debe inclinarse a saludar:

«*on en parle, on en rit, les élèves se moquent, les collègues aussi*»²⁹.

Asimismo, a instancias de su esposa, debe de tomar en el refectorio un filete de cerdo para el almuerzo de su hijo, que permanece en la sala de estudio. La descripción del «sofoco» de *M. Vingtras* al realizar esta acción, que puede dar al traste con su empleo si es sorprendido, tiene la naturalidad, la frescura, de lo vivido.

Las angustias, los miedos, las humillaciones, establecen así entre padre e hijo una especie de cruel solidaridad. Las riñas del director y las burlas de los compañeros hacia *M. Vingtras* alcanzan a *Jacques* y, a la inversa, una mala nota recibida por el muchacho entorpece la carrera paterna. Incluso la tiránica situación del colegio se mantendrá fuera de éste y, así, será imposible echar a una criada que ha sido recomendada por el señor director.

La generalización del conflicto familiar al conflicto escolar contribuye a conseguir una crítica social más amplia. Precisamente la primera toma de

27. CARASSUS, E.: «Introduction à L'Enfant», 20, Garnier-Flammarion, París, 1968.

28. LARBAUD, V.: «Fermina Márquez», 163, (Gallimard, 1926) Livre de Poche, París, 1966.

29. VALLÈS, J.: «L'Enfant», 89, ed. cit.

posición política de Vallès, en 1848, consistió en reivindicar la supresión de los exámenes y del sistema represivo de los institutos, mostrándose pues, en este aspecto, como un precursor de las modernas tendencias. No sólo en «*L'Enfant*», sino en toda la trilogía, se vierte una dura crítica del sistema educativo, que se extiende no solo al escolar, sino al universitario.

Un aspecto que adquiere especial relevancia en esta visión crítica es el lenguaje, ironizado por Vallès en «*L'Enfant*», a través de los clisés escolares. *Jeanne d'Arc* será la «*pucelle d'Orléans*», lo que indigna en su simplicidad campesina a *Mme. Vingtras*, que amonesta así a su esposo:

«*Quand tu auras fini de dire des saletés à cet enfant!*»³⁰.

Más tarde, cuando Jacques Vingtras viaja a través de la Touraine, el lenguaje estereotipado de los libros escolares se interpone entre él y el paisaje, como una barrera que le impidiese identificarse con la naturaleza:

«*Dans ma géographie on appelait ce pays le jardin de France*»³¹.

En la utilización de tal lenguaje encuentra una prueba de lo ficticio del mundo escolar y de la esclerosis universitaria. A él, que gusta de los olores fuertes, la aspereza del heno, el agua fría del torrente, se le ofrece un universo sin color, silencioso, anquilosado. La inmovilidad para quien ama, sobre todo, lo que arde, brilla y hace ruido. Por eso, sus repeticiones e insistencias son necesarias para acentuar el contraste entre su naturaleza, en la que denomina la necesidad de una expansión vital, y el papel de juguete mecánico, de marioneta, al que se ve reducido.

No se encuentra Vallès en este punto muy lejano de Rousseau, cuando preconizaba en el «*Emilio*» la necesidad de tratar al muchacho como un ser libre, de respetar su libertad, considerando que el único objetivo de la educación no es otro que la formación de un hombre libre, capaz de defenderse de todas las constricciones.

Por eso critica Vallès al profesor de filosofía, que para él ilustra la estupidez de una educación destinada a mantener el orden moral y formar hombres sometidos.

«*Le professeur est un jeune homme qui, sorti le premier de l'Ecole normale, à été reçu à l'agrégation le premier; qui arrive toujours le premier au cours, et qui se presente toujours le premier à l'économat pour toucher ses appointements. Il loge au premier, dans une maison au fond d'une rue lugubre. Au théâtre, il va aux premières, et au premier rang.*

*C'est sa mère qui a fait cette combinaison: «Je veux que tu sois partout, partout le premier»*³².

30. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 198, ed. cit.

31. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 208, ed. cit.

32. VALLÈS, J.: «*L'Enfant*», 295, ed. cit.

Es, sin duda, la programación impuesta por los padres lo que aquí rechaza el autor, al igual que rechazaba la postura del «burgués» Daudet contra la madre de *Jack* al aceptar la condición obrera de su hijo, que el autor provenzal, en su desprecio por la «*blouse*», consideraba envilecedora. Para *Vingtras*, en cambio, esa misma condición, intolerable en el concepto de su madre, no constituye en ningún modo la caída en el orden social, sino más bien la única esperanza. Ello es fácil de comprender sin más que leer el epígrafe de «*Le Bachelier*», dedicado

«*A ceux qui nourris de grec et du latin sont morts de faim*»³³.

En el mismo sentido se lamenta *Jacques*, una vez en París, al recordar los fútiles consejos de sus profesores:

«*J'ai de l'éducation.*

— *Vous voilà armé pour la lutte — a fait mon professeur en me disant adieu — Qui triomphe au collège entre en vainqueur dans la carrière —*

Quelle carrière?»³⁴.

Los estudios clásicos no le han proporcionado nada que valga. Su profesor reclama constantemente la utilización de la metáfora y, en particular, la referencia antigua y mitológica. Es necesario emplear las expresiones forjadas por otros: los autores de primera línea de los manuales...»

«*je lis dans ces narrations qu'il n'y a rien comme la patrie et la liberté pour élever l'ame.*

Je ne sais pas ce que c'est que la liberté, moi, ni ce que c'est que la patrie. J'ai été toujours fouetté, giflé — voilà pour la liberté — pour la patrie, je ne connais que notre appartement où je m'embête, et les champs où je me plais, mais où je ne vais pas»³⁵.

Otra vez, como un «ritornello», la artificialidad de la enseñanza, el carácter ficticio del mundo escolar. A este respecto, cien años más tarde señalaría Gerard Genette:

«*les épreuves littéraires aux compositions, aux examens, au concours général furent des poèmes et des discours latins — c'est à dire non des commentaires, mais des imitations, des exercices pratiques de littérature*»³⁶.

La disociación entre la enseñanza y el «arte de vivir», entre la vida escolar y la lucha cotidiana, provocarán el fracaso como hombre del brillante estudiante, que al percibir, al comenzar a sufrir, incluso, la vida que le espera, comentará con profunda amargura:

33. VALLÈS, J.: «Le bachelier», 3, ed. cit.

34. VALLÈS, J.: «Le bachelier», 5, ed. cit.

35. VALLÈS, J.: «L'Enfant», 244, ed. cit.

36. GENETTE, G.: «Figures II» Seuil, París, 1969.

«Pauvre diable, qu'on nomme bachelier, entends-tu bien? si tes parents n'ont pas travaillé ou volé assez pour pouvoir te nourrir jusqu'à trente ans comme un cochon à l'engrais, si tu n'as pas pour vingt ans de son dans l'auge, tu es destiné à une vie de misère et de honte!»³⁷.

La frustración que revelan esta líneas sería compartida, aún sin tanta acidez, por Verlaine, cuando en *«Mes prisons»*, al recordar el primer «calabozo» que tuvo que sufrir, precisamente por haber fallado en la conjugación latina de *«legere»*, se refería así a la juvenil anécdota:

«Ne constituait-elle pas, à l'époque, comme l'annonce et le pressentiment de malheurs dus à LA LECTURE? Estampillait-elle déjà mon enfance du mot fatidique de ce détestable si savoureux Vallès: «Victime du livre», en bon latin: «legi»³⁸.

Jacques Vingtras no querrá que otros caigan en la misma trampa y así, en *«L'Insurgé»*, el tercer libro de la trilogía, cuando ya profesor tiene que reemplazar al titular de Retórica, aconseja a sus alumnos que no aprendan nada, absolutamente nada, de lo que enseña la Universidad, recomendándoles, en cambio, que aprendan a jugar al dominó y a las cartas. Ello le supondrá la expulsión del colegio y, lo que es más grave, la incapacitación para el ejercicio docente. Transcurridos cien años, la crisis escolar continúa estando en primera línea de la actualidad y de la edición bibliográfica. Durante dos años dos periodistas han llevado a cabo una encuesta en Francia, visitando centenares de colegios e institutos y entrevistando a más de trescientos profesores. Hervé Hamon y Patrick Rotman han publicado sus resultados en un libro, que lleva por título *«Tant qu'il aura des profs»*, concluyendo que la enseñanza secundaria se encuentra en crisis, los profesores se sienten desdichados y que, en suma, *«toutes les crises de la société éclatent dans l'enceinte de l'école»³⁹.*

En consecuencia, un siglo después de la desaparición de Vallès, su rebelión intelectual aún sigue viva, como viva sigue su obra, a propósito de la cual el propio autor escribiera:

«J'enfermerai trente ans de sensations dans le cadre de la politique et de l'histoire, il y aura de l'amour et de la misère, des sanglots et des fanfares, des portraits d'heureux, des paysages de bataille, des odeurs de campagne, de l'ironie de Paris! Je voudrais qu'après avoir lu ce livre la génération qui vient nous plaigne, nous pardonne et nous aime — ce sera le couronnement de ma vie!»⁴⁰.

37. VALLÈS J.: «Le Bachelier», 386, ed. cit.

38. VERLAINE, P.: «Mes prisons», 234 (Messein, 1949). Livre de Poche, París, 1973.

39. HAMON, H.; ROTMAN, P.: «Tant qu'il aura des profs», cit. par NAHMIA, R.; LEROY, M. J.: «Notes de Lecture», Informations SODEC, 99: 65-66, 1984.

40 VALLÈS, J.: «Lettre a Hector Malot» cit. par PIA, P.: «Préface à Le Bachelier», Livre de Poche, París, 1972.